

VISIÓN DEL ARCHIPIÉLAGO POR UN NATURALISTA DE LA EXPEDICIÓN FRANCESA A AUSTRALIA (1800-1803)



Santa Cruz de Tenerife durante una visita de la escuadra española a principios del siglo XX.

En el año 1800 Francia, ya bajo el poder de Napoleón, envió a Australia una expedición de descubrimientos, destinada a cumplir objetivos geográficos, científicos y políticos (hay que tener presente que doce años atrás los ingleses se habían establecido en Port-Jackson, la actual Sidney). La integraban las corbetas “*El Geógrafo*” y “*El Naturalista*”, acompañadas de una nave de menor porte: “*La*

Casuarina”, comandadas por el capitán Baudin. Para atender a los objetivos de exploración e investigación se formó un grupo de naturalistas y dibujantes de historia natural, encargados de desarrollar misiones científicas. Entre ellos figuraba J.B. Bory de Saint-Vincent, que luego escribiría una singular obra sobre las islas Canarias, a raíz de la escala que las naves francesas realizaron en el puerto de Santa Cruz de Tenerife, en donde permanecieron entre los días 2 y 13 de noviembre de dicho año.

Cuando Bory entró a formar parte, en calidad de naturalista, de la expedición francesa a Australia, contaba apenas veinte años de edad. Jean Baptiste Geor Marie Bory de Saint-Vincent había nacido en Agen en 1780. Desde su primera juventud mostró su interés por la ciencia, lo que se concretó en la remisión, siendo aún muy joven, de varios estudios a la Sociedad de Historia Natural de Burdeos. Enrolarse en la expedición a Australia significaba para él la oportunidad de adquirir amplios y variados conociemien-

tos y experiencias en contacto directo con la atractiva realidad de nuevas e inmensas tierras hasta entonces escasamente conocidas.

Sin embargo, su sueño sólo pudo materializarse parcialmente, ya que a mitad del viaje, cuando se hallaban en la isla Mauricio, una parte de los oficiales y naturalistas que iban a bordo abandonaron la expedición, entre ellos el propio Bory, que alegó motivos de salud. Se libró, en cambio, con esta decisión, de las tremendas penalidades que sufrieron posteriormente los restantes expedicionarios en uno de los periplos más trágicos de aquella época de grandes navegaciones, de descubrimientos, estudio y afanes de dominación y conquista por los mares del Sur.

En Mauricio consiguió ser empleado en la administración francesa de la ínsula, que entonces llevaba el nombre de la Ile-de-France. Allí aprovechó para visitar las islas más próximas, especialmente la de Reunión, de la que elaboró un magnífico mapa. Más tarde, en su viaje de regreso a Francia hizo escala en la isla de Santa Helena, de la que trazó, igualmente, un excelente mapa. Desde esta isla llevó a

París una mariposa de gran tamaño y vivos colores, hasta entonces desconocida por los naturalistas, sobre la que veinte años después hizo una descripción entomológica, en los "*Annales générales des Sciences physiques*". Se dice que cuando Napoleón estuvo desterrado en la isla dio el nombre de *Prometeo* a esta bella especie.

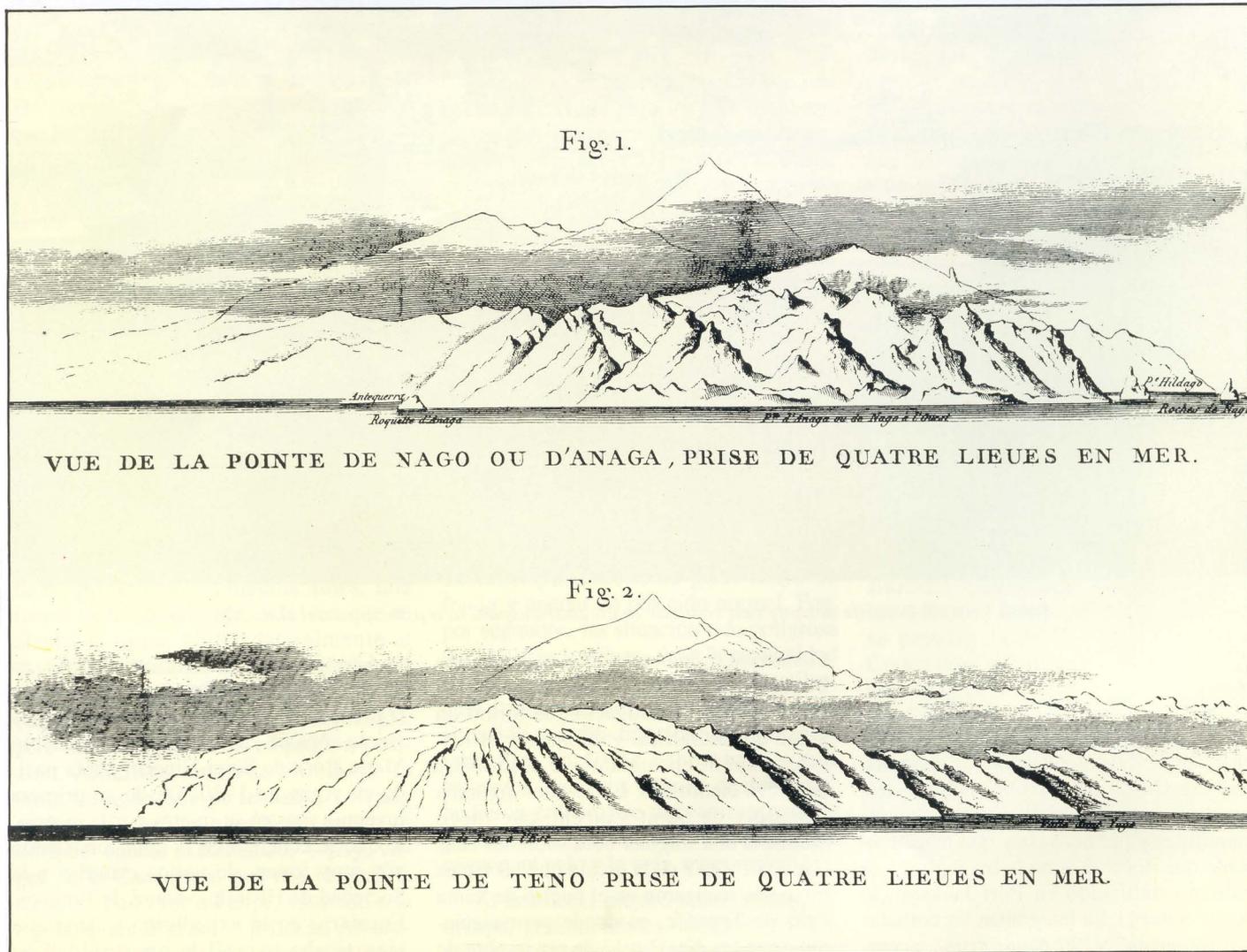
Tras su regreso a Francia publicó sus "*Ensayos sobre las islas Afortunadas y la antigua Atlántida*" (1803) y "*Viaje a las islas de África*" (1804). Después, la guerra interrumpió su actividad científica. Fue nombrado capitán de estado mayor y, más tarde, estuvo en España como agregado al estado mayor del mariscal Ney. A partir de 1815, el período de paz que siguió al final de las guerras napoleónicas le permitió recuperar su vocación por el estudio y las ciencias. Acuciado por problemas derivados de su anterior situación militar, abandonó Francia en los años de la posguerra, recorriendo diversas ciudades europeas —Berlín, Maastricht, Aquisgrán— hasta que, después de reintegrarse definitivamente a su país, fue nombrado director del archivo militar. Redactó por esos años escritos políticos y

memorias de historia natural. Fue, asimismo, el director y principal redactor del "*Dictionnaire classique d'Histoire Naturelle*" y publicó un "*Tratado del hombre*", una "*Historia de los animales microscópicos*" y un "*Ensayo sobre la materia*", así como dos obras sobre España: "*Guía del viajero*" y "*Resumen de la geografía física, histórica y política de la Península*", publicada esta última en París en 1838.

Su libro "*Ensayos sobre las islas Afortunadas y la antigua Atlántida o compendio de la historia general del archipiélago canario*" fue la primera monografía publicada por este autor, fruto de su breve estancia en Santa Cruz de Tenerife durante la escala que hicieron en este puerto las naves francesas.

ESCALA EN EL PUERTO DE SANTA CRUZ DE TENERIFE

Los barcos mandados por Baudin permanecieron durante doce días en la rada de Santa Cruz, después de catorce días de navegación desde su partida de El Havre. Bory, que viajaba a bordo de "*El Natura-*



Las puntas de Anaga y Teno, con el perfil del Teide, dibujadas por Bory de St. Vincent.

lista” bajó a tierra hacia la una de la tarde de su primer día de estancia. Junto con el naturalista Peron y el astrónomo Bernier fue “a tomar posesión de la primera planta exótica que se nos presentara”, recorriendo los alrededores de la ciudad.

Bory aprovechó solamente cuatro de los días que pasó en Tenerife para tomar contacto y conocimiento de la isla.

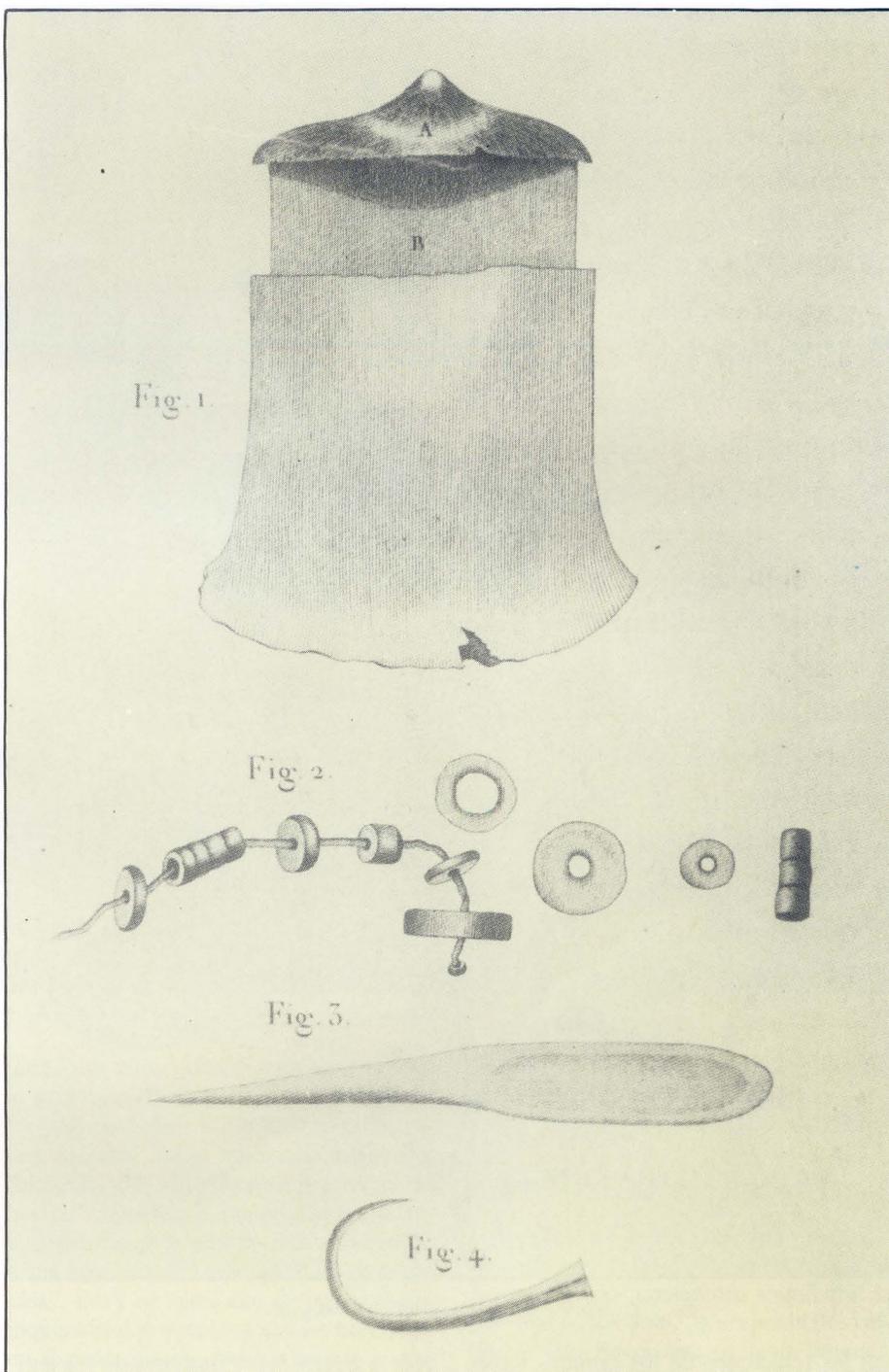
No obstante, en esos días pudo clasificar las piezas recolectadas, así como copiar un mapa de Tenerife que le habían proporcionado los Murphy, carta que después publicaría en sus ensayos.

“ENSAYOS SOBRE LAS ISLAS AFORTUNADAS”

La obra de J.B. Bory de Saint-Vincent sobre las Canarias es una compilación que se ocupa de la descripción geográfica del archipiélago, de la prehistoria, de la historia de la conquista de estas islas, de la historia natural y de diversos datos sobre las Canarias tal como se encontraban en la época de su breve visita. Además, dedica un amplio pasaje de su libro a las hipotéticas relaciones de las islas Canarias con la imaginada Atlántida y a la presunción que pretendía ver en las Afortunadas y el resto de los archipiélagos atlánticos como los vestigios de un continente desaparecido.

Al comienzo de su estudio, Bory nos plantea los propósitos de su libro con estas palabras: “Entre las colonias europeas más antiguas y con las que nuestro continente tiene mayor relación, a causa de las escalas que ofrece a los navegantes que se preparan para viajes más largos, las islas Canarias, aún casi desconocidas, llaman la atención de los observadores. Aunque se haya escrito mucho sobre ellas y se les hayan hecho numerosas descripciones, sabemos muy poco acerca de estas islas y estamos muy lejos de tener, a su respecto, nociones justas y completas”. El joven naturalista reconocía sus limitaciones para emprender una obra de este género: “Estoy muy lejos de tener los conocimientos que se derivan de una gran erudición”, siendo consciente de su inexperiencia y del escaso tiempo pasado en Canarias y que su trabajo se hizo posible por la colaboración de varias personalidades locales que le ayudaron en la orientación y la recopilación de datos. Entre ellos menciona a Bernardo Cologan, a los hermanos Murphy —comerciantes de Santa Cruz— y al naturalista francés Broussonet, que entonces desempeñaba funciones de comisario de relaciones comerciales de Francia en la isla.

Sorprende, no obstante, la rapidez en la publicación de la obra, editada en París en abril de 1803, diez meses después del



Utensilios de los guanches.

regreso de su autor. Por consiguiente debió de trabajar intensamente en acometer un trabajo para el que hubo de acopiar la información recibida de diversas fuentes, ordenar la bibliografía consultada y ordenar las notas de sus observaciones directas, aún contando con el hecho de que su principal fuente de inspiración fue la *Historia* de Viera y Clavijo. Hay que pensar que parte de su trabajo pudo hacerlo durante sus largas navegaciones y de hecho las láminas que acompañan a esta edición recogen la indicación de haber sido dibujadas en alta mar.

Bien a través de las citas contenidas en la obra de Viera y Clavijo, bien a través de su propia búsqueda, el joven Bory había adquirido un poco usual conoci-

miento sobre bibliografía específica del archipiélago canario: las crónicas de los capellanes de Jean de Bethencourt, el relato viajero de Cadamosto, las historias de Abreu y Galindo y de Alonso de Espinosa, el poema de Viana, la obra de Cairasco, el libro de Núñez de la Peña y, sobre todo, la *Historia General de las islas Canarias*, de Viera y Clavijo. Es evidente que Bory utilizó con carácter general esta última obra, la más completa y la más novedosa por entonces de las existentes sobre el archipiélago, libro del que el joven francés se sirvió tanto con respecto a la prehistoria y a la conquista de Canarias como al resto de su trabajo.

Asimismo, se hizo eco de las referencias que sobre las islas Canarias recogie-



Excelente lámina botánica del mocán.

ron las relaciones de los grandes navegantes del último tercio del siglo XVIII, demostrando con ello el mérito de haberse puesto al día en las noticias escritas sobre este archipiélago y, además, aludió a descripciones de Nichols (siglo XVI), Scory y Sprat (siglo XVII) y al libro de George Glas (siglo XVIII).

Bory inicia su descripción del archipiélago ofreciendo una recopilación de datos sobre la geografía insular, acompañados de referencias sobre la cartografía que se había venido elaborando en la segunda mitad de aquel siglo, a partir de los estudios y mapas de Bellin (1753), Claret de Fleurieu (1769), Borda (1771 y 1776) López (1780) y Valera (1783). Se ocupa, también, del clima, de los suelos y del paisaje y aspecto de esta tierra.

Un buen número de páginas está dedi-

cado a relatar las costumbres de los antiguos habitantes de Canarias.

SITUACIÓN DEL ARCHIPIÉLAGO EN LOS COMIENZOS DEL SIGLO XIX

El joven naturalista francés se preocupó de incluir una descripción del archipiélago y de su situación económica y social, referida al tiempo en que hizo su breve visita. Realmente, tal descripción sólo ofrece interés respecto a Tenerife, ya que fue allí donde pudo ejercer una observación directa sobre algunos aspectos de la vida en la isla, especialmente en la villa de Santa Cruz.

“La nación europea que lograra reunir las islas Azores, Madeira, Canarias e

incluso las de Cabo Verde, y que no des-cuidara en nada su cultivo y mejoramiento, encontraría en estos archipiélagos una fuente inagotable de riquezas que no tendrían el inconveniente, como las que obtenemos de nuestras colonias lejanas, de tener que pasar un tiempo considerable para que nos llegaran. Veinte días bastan para ir desde nuestros puertos a las islas atlánticas más alejadas, y a las más próximas se puede llegar en ocho”. Recordemos, desde este pensamiento el contexto europeo de la época, cuando los nuevos aires de libertad contrastaban con una tremenda convulsión bélica, de la que había sido muestra el reciente ataque de Nelson al puerto de Santa Cruz.

Ciñéndonos a la isla que visitó, Bory la destaca como el centro comercial del archipiélago, como así era entonces, tanto por la tradición en la exportación de vinos como por la existencia de un muelle en Santa Cruz —el único de Canarias, construido a mitad del siglo XVIII—, único puerto, también, autorizado por la Corona para el comercio con América. “Como Tenerife es el centro de todo el comercio de Canarias, los vinos, el aguardiente y los productos que se van a buscar allí no provienen solamente de su propia tierra. Todas las islas transportan allí, por su cuenta, el excedente de su producción. Sin embargo, a veces lo expiden directamente al extranjero”.

Como otros viajeros y navegantes, Bory de St.-Vincent se detiene en ciertos aspectos de la población de la ciudad, particularmente la mendicidad y la prostitución, temas habitualmente mencionados en las relaciones viajeras de la época. “En las calles y plazas Santa Cruz se ven muchos curas y monjes con sus trajes. Fue un espectáculo completamente nuevo para mí. Una infinidad de pobres, desnudos o harapientos y de una suciedad repugnante, inoportuna a cada paso para conseguir una peseta; quienes mendigan son especialmente las mujeres, que dicen en español toda clase de injurias dirigidas a quienes su miseria y suciedad no logran conmovér”.

Asimismo, nos dejó unas impresiones sobre Tenerife: “En el extremo avanzado y septentrional de la isla, que junto con la costa oriental, es la parte más árida, hay muy poca agua”. Bory resalta la sequedad de esta comarca de la isla, en contraste con los llanos de La Laguna: “Pero si se deja Santa Cruz, si se visita la parte occidental de la isla, en La Laguna el país ya cambia... La Laguna es una ciudad antigua, llena de conventos. Es mayor que Santa Cruz, triste y poco populosa... La situación de la ciudad es muy agradable; a su alrededor se ven casas de campo y huertos. Pero lo que la hace notable es su llano o valle, rodeado



Dibujo que representa la erupción de Chahorra.,

por los montes más altos de la parte alargada y estrecha de la isla... Los montes del sur del llano son mucho más elevados y están dominados por el Teide, que se dibuja majestuosamente en la lejanía, por encima de todas las cumbres. Por el poniente, los montes que lo rodean van decreciendo hasta la costa norte de la isla; desde allí se distingue el otro lado de Tenerife y el valle de Tacoronte, que me pareció un lugar encantador. Al norte se encuentra ese bosque oscuro e inmenso que se distingue desde la rada...”

Un dato de interés recogido durante su visita a La Laguna fue de las inquietudes de la minoría ilustrada de la ciudad frente a la prohibición de libros por las autoridades de la iglesia católica. Relata al respecto que en la puerta de la iglesia principal de la ciudad estaba una “lista con los títulos de los libros que prohíbe anualmente la inquisición”. “En especial, hay una infinidad de libros franceses, cuya mayor parte, o son escandalosos e impropios de figurar en una iglesia, o son obras de filosofía y de nuestra revolución. Estos libros no hubiesen obtenido tanto éxito aquí si no hubieran sido prohibidos por la Inquisición. Desde *Justine*, *Los tres impostores*, y nuestros periódicos, hasta Montesquieu, Helve-

tius, Rousseau, Voltaire, etc. —proscritos al principio de la lista con esta extraña fórmula: *In odium auctoris*—, son devorados, más que leídos por los habitantes de Canarias, que no obstante prefieren las buenas obras y que tienen una sensatez, un patriotismo y sienten una admiración hacia nosotros de la que es difícil hacerse idea”. Bory se hacía eco de una realidad inquisitorial y represora que ha pervivido en España durante mucho tiempo y que tuvo uno de sus momentos históricos más significativos siglo y medi después, en los casi cuarenta años de la dictadura; sin embargo, exageraba, comprensiblemente, sobre la capacidad de lectura de los isleños de la época, sobre todo si tenemos presente que, lógicamente para ese tiempo, la población alfabetizada no llegaba al cinco por ciento. El visitante, en realidad, aludía específicamente al grupo de la tertulia de La Laguna —que fue uno de los focos de la Ilustración en Canarias— y su pequeña área de influencia cultural, así como a las personalidades con las que se relacionó durante su estancia, seguidores de las ediciones francesas e inglesas de la época y ávidos de superar las barreras que les impedían conocer el nuevo pensamiento que se había desarrollado en la Europa de su tiempo. El resto

de la población carecía de posibilidades de participar en estas inquietudes.

EL VOLCÁN DE CHAHORRA

La parte de su obra que Bory dedicó a la historia natural de las islas Canarias destaca por dos contenidos singulares: la documentación sobre la erupción del volcán de Chahorra, que se había producido dos años y medio antes, y, por otro lado, un amplio catálogo de especies vegetales en el que figuran endemismos canarios.

La primera es un documento de especial interés, ya que transcribe parcialmente el relato que había escrito en los días en los que había tenido lugar aquel fenómeno volcánico el comerciante del Puerto de La Cruz don Bernardo Cologan, quien se trasladó a los alrededores de la montaña de Chahorra (o Pico Viejo) pasada una semana del comienzo de la erupción, iniciada en la madrugada del 8 al 9 de junio de 1798.

Cologan permitió a Bory la consulta de su escrito y éste reprodujo literalmente una parte, según manifiesta en su libro. Es interesante recoger aquí varios párrafos que reflejan este fenómeno volcánico:

“El señor Cologan se trasladó a Chahorra el 18 de junio, es decir, nueve días después del comienzo de la erupción y durante el período en que su grado de violencia parecía mayor. Entonces existía una depresión, un poco más baja que la cima de la montaña, en la que se encontraba la boca mayor y de la que salía humo negro y espero, llamas, piedras y otras sustancias enrojecidas. Una segunda abertura, que estaba más abajo, lanzaba las mismas materias; una tercera, más alejada, correspondía a la base de la montaña del otro lado y tenía la apariencia de una fragua. A cierta distancia, y a través de una humareda continua, se distinguía un río de materias fundidas dividido en tres brazos, que más adelante se reunían en uno solo, serpenteando la zona en un tramo de una legua. Había también una cuarta grieta, la cual apenas desprendía llamas, aunque a intervalos humeaba mucho; como la tercera, primeramente lanzó materiales fundidos, pero no se la distinguía desde lejos.

Al principio la erupción estuvo acompañada de un estrépito terrible, que hizo temblar montes y peñas vecinos. Más tarde, el ruido ya no fue tan fuerte; sin embargo, desde la una hasta las tres de la mañana ese ruido fue tan terrible que, repetido y ampliado por los ecos y desfileros de esa morada de desolación, se diría que anunciaba que el volcán se iba a abrir”.

CATÁLOGO DE PLANTAS

Cuando la expedición francesa hizo escala en Santa Cruz de Tenerife residía en esta ciudad, como antes indicamos, Augusto Broussonet, quien además de ostentar la representación comercial francesa era ya botánico experimentado y conocedor de la flora de la isla. Bory tuvo acceso al herbario que había reunido Broussonet y contó con la guía de éste en las excursiones y trabajos de herborización que pudo hacer durante su corta estancia. Es de suponer que también recibió de él una información general y datos concretos sobre la flora insular.

Como resultado de los conocimientos adquiridos durante su visita y de los que luego pudo investigar después de regresar a Francia, Bory insertó en su libro un listado de 467 especies vegetales existentes en el archipiélago, de las cuales unas 280 eran plantas clasificadas por Linneo. No es un catálogo de plantas endémicas de Canarias, aunque, como hemos dicho, incluye un buen número de endemismos insulares. Este listado no encierra un valor científico, pero, en cambio, posee un interés histórico tocante a la percepción de las particularidades de la vegetación de las islas por parte de los naturalis-

tas que recalaron por el archipiélago en tiempos todavía tempranos. Broussonet tuvo el propósito de hacer un catálogo de la flora canaria que nunca llegó a materializar, ya que sólo permaneció en Tenerife hasta 1803.

El autor. Su nomenclatura carece de entidad botánica. Evidencia, además, la escasa información que pudo adquirir durante una estancia tan breve, visitando solamente La Laguna y Santa Cruz, donde sólo la ayuda de Broussonet le permitió un primer y único contacto con plantas de la flora isleña. La extensión que pretendió dar a su catálogo sólo puede entenderse por el afán de un joven inexperto que, en esta parte de su obra, intentó dar justificación a su viaje científico con un artificioso compendio, inoportunamente prolongado, que tratara de acreditar unos conocimientos botánicos de los que carecía. Mucho más adecuado habría sido el limitarse a ofrecer referencias exactas sobre las especies endémicas de Canarias que recoge en su profuso y confuso catálogo.

En efecto, Bory cita y ofrece comentarios descriptivos sobre una treintena de especies vegetales endémicas de las islas. En ocasiones, la nomenclatura que utiliza es la que ha llegado hasta nosotros. Tal es el caso de su mención de plantas como *Visnea mocanera*, *Prunus lusitanica*, *Myrica faya*, *Hypericum canariensis*, *Echium giganteum*, *Phalaris canariensis*, *Convolvulus canariensis*, *Convolvulus floridus*, *Euphorbia canariensis*, *Olea europaea*, *Lavandula pinnata*, *Sideritis canariensis*, *Erica arborea* o *Dracena draco*. Por supuesto, todas ellas habían sido descritas y clasificadas con anterioridad por botánicos como Linneo, Linneo filius y Aiton.

Acerca del bosque de laurel afirma acertadamente: “Los montes de Canarias contienen cuatro o cinco especies diferentes de laurel, de gran belleza, que quizás sean nuevas”. Entre ellas, menciona el viñátigo, además del laurel. Por otro lado, menciona el acebiño, señalando que “esta especie es una de las más hermosas de su género y uno de los árboles más altos del monte de La Laguna”, apreciación esta última que acaso corresponda al otro árbol de la familia del acebo, al naranjero salvaje, que alcanza una mayor altura. Igualmente, recoge en su catálogo, como antes aparece indicado, a la faya y el brezo. Otro de los árboles que destaca es el madroño canario. “Después de las fatigas de un largo día de herborización, M. Broussonet tuvo la gentileza de conducirme por caminos muy agrestes al lugar donde crece este árbol. Nunca podré testimoniarte lo suficiente mi gratitud por haberme dado a conocer este madroño de monte alto...”.

Una de las varias láminas realizada por el propio autor. “El mocán es un arbusto propio de Canarias. Hasta ahora nunca había sido representado. He creído, por lo tanto, que debía grabarlo, a pesar de que no lo haya encontrado en flor”.

Otros árboles y arbustos incluidos son el acebuche, la hija, el granadillo, el tarajal y la retama del Teide. Asimismo, otras plantas endémicas como la salvia, el mato risco, la cerraja y dos especies de violeta, una de ellas denominada con el nombre de *Viola tricolor*.

No falta, naturalmente, la cita del drago, el primero de los árboles de Canarias conocido en Europa, así como de los tajinastes (entre los que incluye una especie propia de Tenerife, el *E. giganteum*) y las euforbias: las tabibas y el cardón. Al comentar la existencia de diferentes variedades de aquéllas, escribe: “M. Broussonet nos ha dicho que existen otras especies, en especial en el sur de la isla, donde haya varias nuevas, muy bonitas, y de las que algunas son casi árboles”. Refiriéndose al cardón, dice: “La euforbia de Canarias decora las rocas de todo el archipiélago; en el mar se las distingue desde bastante lejos, a causa del color verdoso de sus matas”.

Además del mencionado grabado del mocán, “*Ensayos sobre las islas Canarias y la antigua Atlántida*” fue ilustrado por su autor con otros dibujos de plantas y con una estampa que describe la erupción de Chahorra. Asimismo, figuran un buen mapa físico de Tenerife y un mapa hipotético de la Atlántida. Y una curiosidad para la historia de los estudios sobre Canarias: la primera lámina de la bibliografía europea sobre las islas en la que se representan objetos de la cultura material de los guanches: un hacha de piedra, un collar de cuentas de barro (Bory era de la opinión de que se utilizaban para cálculos numéricos), un punzón de hueso y un anzuelo también de hueso.

Las naves francesas se hicieron a la mar el 13 de noviembre de 1800 para cubrir un largo periplo, que constituyó uno de los viajes más penosos de la época y en el que pareció más de la mitad de la tripulación.

ALFREDO HERRERA PIQUÉ